

OTOÑO EN LA CIUDAD DE JOSÉ BALLESTER Y LA NOVELA LÍRICA

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Entre las figuras literarias que surgieron y sobresalieron en la Murcia de los años veinte y treinta, en torno a las revistas literarias *Suplemento literario de La Verdad*, *Verso y Prosa* y *Sudeste*, José Ballester se distinguió por el cultivo de la prosa literaria con un estilo muy personal y original, pero también se distinguió por su honradez, hombría de bien, sentido de la amistad y la convivencia, tolerancia y buen hacer. Jorge Guillén escribió sobre él: "Cristiano de veras. Es una expresión muy fuerte pero ineludible. En siglo tan corrupto ha preservado un alma cristalina, que descubre una gran entereza intelectual y moral. Entre Azorín y Miró ha compuesto páginas donde vibraciones muy sensibles se manifiestan con limpidez. A lo largo de nuestras comunes vicisitudes ha desenvuelto una vida ejemplar".¹

Al frente del diario *La Verdad* fue durante muchos años el mecenas y promotor de las nuevas generaciones de escritores, a los que ayudaba desde las páginas de su periódico, mientras iba publicando una obra literaria, ensayística, de rigurosa documentación histórica, que fue apareciendo en las páginas del diario murciano a lo largo de los años, o en significativos volúmenes monográficos, en los que dio muestras de su excelente lenguaje literario y de la originalidad de sus hallazgos históricos, frecuentemente inéditos.

Aún lo recuerdo, en sus últimos años, trabajando metódicamente en el Archivo Municipal de Murcia, indagando en los documentos originales, para enriquecer su imaginación que finalmente plasmaba en algunas de sus "estampas" murcianas, artículos de carácter ensayístico que enriquecieron mucho la prensa murciana de los años cincuenta y sesenta. Pero cuando esto acontece, ya al final de su laboriosa vida

¹ Jorge Guillén, "Una Murcia", *Homenaje a José Ballester*, Hijos de Antonio Zamora, Murcia, 1972, p. 29.



profesional, Ballester contaba con publicaciones de calidad indiscutible. Y era autor de algunas novelas muy originales que había publicado en los años inmediatos a la Guerra Civil. Sin duda, entre estas obras, se considera una excepción, una obra maestra, la novela *Otoño en la ciudad*, que apareció en Murcia pocas semanas antes del estallido de la contienda.

José Ballester Nicolás (Murcia, 1892-Yecla, 1978) fue periodista y escritor, y estuvo vinculado a lo largo de su vida al diario *La Verdad*, del que fue redactor-jefe y, tras la guerra civil, director en diferentes ocasiones. En este periódico murciano, y en colaboración con Juan Guerrero Ruiz, inició en 1923 la publicación de una "Página literaria", que a final del aquel año se convertiría en "Suplemento Literario de *La Verdad*", en el que habrían de colaborar todos los escritores españoles más representativos del primer tercio de nuestro siglo. Posteriormente colaboró en *Verso* y *Prosa* y, con Raimundo de los Reyes, fundaría *Sudeste*, revista y editorial, en cuya colección de libros publicaría su mejor novela, *Otoño en la ciudad*, en 1936.

Aparte de sus colaboraciones literarias en la prensa, entre las que debemos destacar sus acertadas críticas de libros, que realizó durante más de cincuenta años (se recuerdan en este sentido algunas especialmente afortunadas, como las dedicadas a los libros de Miguel Hernández *Perito en lunas* (1933) y *El rayo que no cesa* (1936))², hay que destacar también sus investigaciones históricas sobre diferentes aspectos del pasado de Murcia, que fue publicando en artículos o reunió en algunos de sus libros, como *El Licenciado Cascales* (1964), *Amanecer de la prensa periódica en Murcia. Panorama de una pequeña ciudad* (1971), *Entre los buenos y los malos. Estampas de la vida del médico Alarcón* (1975) o *Estampas de la Murcia de ayer* (1977).

En todos ellos, daba cuenta de investigaciones realizadas en los archivos murcianos que trasladaba a una prosa amena y escogida, logrando la difusión de aspectos de nuestra historia desconocidos. Otros libros suyos son *Personalidad artística de Murcia, dentro de la variedad nacional* (1943), *Murcia en dos tiempos* (1954), *Alma y cuerpo de una ciudad* (1963) o *La Virgen de la Fuensanta y su Santuario del Monte* (1972).

Como novelista, Ballester queda vinculado a la escuela levantina impresionista de Azorín y Miró con su primera novela, *Otoño en la ciudad* (1936), estilo que reiteraría en *Resucita un aroma tenue*, publicada por entregas tras la guerra civil en *El Español*, revista madrileña. Recientemente esta novela ha sido reeditada con estudio preliminar de Marina Giménez Precioso³. *Sueños* (1945) y *La vita nova de Carlos* completan la producción novelística del escritor murciano.

Otoño en la ciudad puede clasificarse como una novela lírica y es la obra

² Francisco Javier Díez de Revenga, "Miguel Hernández y el grupo murciano de la revista *Sudeste*", *Murgetana*, 50, 1978, pp. 5-46. Y Francisco Javier Díez de Revenga, *Revistas murcianas relacionadas con la generación del 27*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1979, pp. 256-257.

³ José Ballester, *Resucita un aroma tenue*, edición, introducción, notas y justificación didáctica de Marina Giménez Precioso, Universidad de Murcia, Murcia, 1996.



maestra del periodista y escritor murciano. Se terminó de imprimir en Murcia el 3 de mayo de 1936, como última novela de la colección de Editorial *Sudeste*, que vio truncada su actividad a causa de la Guerra Civil. Muy bellamente ilustrada por Luis Garay, su autor la subtuló "Novela" y, en efecto, es una de las más significativas novelas de la literatura murciana, tanto por su autor como por su tema, pero sobre todo por su pulcro estilo, predominantemente descriptivo.

En la obra, adscribible plenamente al prototipo de novela "lírica" que acuñaron los escritores europeos y españoles del primer tercio del siglo XX, desde Proust a Gabriel Miró, desde Joyce a Azorín, la anécdota importa menos. Lo esencial es el espíritu de la ciudad, su verdadera protagonista. La calidad literaria de la obra se corresponde con un lenguaje muy expresivo y cuidado y con una profunda y reflexiva sencillez.

Pero sobre todo es una novela magníficamente estructurada en torno a un núcleo inicial y un desarrollo circunstancial alrededor de ese punto en el que se ha iniciado la novela: la Catedral. El personaje principal, un joven murciano, José María, vive la evolución de su entusiasmo por la ciudad en torno lo que constituye el espíritu de ese espacio habitable y habitual para él, al que conoce y ama. Porque es ésta, la ciudad, la que se vive con plenitud en la novela de Ballester, a través de sus calles y de sus casas, sus iglesias y sus monumentos, pero sobre todo su ambiente, captado con una especial sensibilidad, ya que el mundo de las sensaciones, táctiles, auditivas, olfativas, gustativas y visuales, está expresivamente bien construido.

Son muchos los pasajes en los que los personajes de la novela experimentan este complejo mundo de sensaciones, que el novelista trasmite con fidelidad a sus lectores, de manera que la sensibilidad del autor transita a través de sus personajes y llega al lector, convertido en partícipe de una voluntad de estilo y de un lirismo personal, pero perfectamente transmitido al lector. Reina en la novela un exquisito gusto por el pasado, por los monumentos, por las tradiciones y por los libros, las costumbres, la religiosidad, en definitiva el "alma" y el "cuerpo" de una ciudad, como se tituló otro de los libros del propio Ballester.

Con mucha humildad así la juzgaba José Ballester cuando escribió sus recuerdos como escritor: "Deslizándome por la pendiente, me atreví con la novela. De la primera fue Murcia la protagonista. En *Otoño en la ciudad* están rincones, paisajes, personajes e impresiones de mi tierra natal. Personajes allí un poco estilizados, pero reales, son don José María Ibáñez, don José Alegría y algunos artistas antes nombrados".⁴ Se refiere a José Planes, a Luis Garay, Pedro Flores, Clemente Cantos, Antonio Garrigós, Joaquín y Ramón Gaya. Sobre el protagonismo murciano que corresponde a la novela, también señaló Baquero Goyanes que "hay en estas páginas un decisivo elemento unificador, presente ya en el título mismo de la obra. Lo que confiere poética, coherente unidad emocional y estética al conjunto, es la presencia de Murcia. Todo, en cierto modo, se supedita a esta intención, y determi-

⁴ José Ballester, "Recuerdos de un escritor", *Homenaje a José Ballester*, p. 23.



nados recursos literarios, eficazmente manejados por Ballester nos lo hacen ver, página tras página".⁵

Como podremos advertir, estamos ante una novela profundamente subjetiva, enraizada con las corrientes más avanzadas en el primer tercio del siglo XX de la novela europea, lo que se ha denominado novela lírica. Ya lo señaló Mariano Baquero Goyanes en un breve estudio sobre las novelas de Ballester: "En cierto modo, creo que *Otoño en la ciudad* encaja bien en ciertas tendencias de la novela europea de los años treinta; cuando más que los argumentos y los temas, importaban otras calidades, entre ellas las formales, las de un cuidado decir, incidente a veces en lo poético, tal y como ocurre en el tantas veces citado Miró, y también en las páginas de José Ballester".⁶

Otoño en la ciudad se compone de diecisiete capítulos, titulados muy expresivamente. A través de ellos, se van ofreciendo al lector una serie de estampas sucesivas de la ciudad, sus gentes, sus calles, las proximidades de la huerta junto a ciertos colectivos de carecer cultural, grupos o personajes que forman el conjunto de una ciudad provinciana admirablemente captada y descrita. Algunos capítulos ostentan títulos especialmente expresivos, como el primero, "El último conjuro", que supone el arranque de la novela con el sonido de las campanas de la Catedral en los ya desaparecidos conjuros, tres toques diarios contra las tormentas que emitían las campanas de la torre entre las dos fiestas de la cruz, la del 3 de mayo y la del 14 de septiembre. Los tres capítulos siguientes llevan el título de las tres muchachas que, como personajes de la novela, forman parte del argumento: Florentina, el capítulo II; Soledad, el capítulo III, y Carmen, el capítulo IV.

Algunos capítulos recogen aspectos fundamentales del argumento, como el titulado "Desencanto", especie de contrapunto a las ideas murcianistas del protagonista José María, representadas por un pariente lejano, Luis, compañero del colegio, que, residente en Madrid, desprecia todo lo que significa Murcia y rechaza lo que pueda tener de original en su personalidad paisajística o artística. Será uno de los momentos más conseguidos de la novela al crear Ballester una especie de abogado del diablo que mostrará su rechazo a todos los argumentos que pudieran hacerse a favor de Murcia, incluido Salzillo.

Otros capítulos adquieren la condición de artículos o cuadros de costumbres, como el titulado "Tertulia de mindangos", en el que se glosa este tipo de personaje murciano, crítico y displicente, escéptico contemplador de las novedades posibles, inmovilista por naturaleza. Justamente, uno de los *Doce murcianos importantes* que glosara, en el libro así titulado, el costumbrista del siglo XIX Rodolfo Carles, tal como el propio Ballester recuerda en la novela. Otros capítulos suponen el retrato de un personaje, como el titulado "Un pobre señor", en el que se evoca la figura de un rico avariento, que vive en la más absoluta pobreza, en una casa antigua que no ha recibido aún las más mínimas reformas de modernización. Hay capítulos que están

⁵ Mariano Baquero Goyanes, "Las novelas de José Ballester", *Homenaje a José Ballester*, p. 51.

⁶ Mariano Baquero Goyanes, "Las novelas de José Ballester", *Homenaje a José Ballester*, p. 50.



dedicados a definir el carácter y la personalidad de Murcia, como el titulado "Linaje de este barroquismo", en el que se explaya sobre aquellas características que podrían ser más definidoras del espíritu local. O el titulado "En el Malecón", que recoge un paseo y correspondiente coloquio de los intelectuales de la ciudad, en el que se intercambian opiniones y se planea crear una institución para proteger la cultura de Murcia, con el título de Centro de Cultura Murciana.

En definitiva que la estructura capitular de la novela revela su condición acumulativa de la que forman parte elementos muy diversos que pretenden conjuntar el todo que es la novela, muy al estilo de Azorín, y de sus primeras novelas, tal y como venimos señalando. Se trata entonces de una acumulación de fragmentos, de visiones parciales muy subjetivas, de impresiones sucesivas y aisladas, que van construyendo una estructura narrativa conjunta y sólida, un universo novelesco compacto, de acuerdo con los cánones más definidos de la nueva novela, de la novela del siglo XX, de la novela lírica en definitiva.

En primer lugar, tenemos que profundizar en la condición lírica de esta novela, muy relacionable como decimos con el mismo carácter, lírico, poético o poemático, de las tres novelas de Azorín, *La voluntad*, *Antonio Azorín* y *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Debemos percatarnos y advertir lo que podríamos denominar la dimensión lírica, que podemos advertir tanto en aspectos de contenido como de lenguaje, lenguaje poético, en efecto, este último destacado por su singular belleza, por su cuidadosa composición, por la compensación de sus frases, por el simbolismo de su léxico, por la belleza de sus palabras, conjuntadas con un gran poder evocador. Como Azorín, Ballester es un artífice de la prosa, como lo fue siempre en todos sus trabajos y artículos.

Otño en la ciudad nos ofrece, sobre todo, un estilo, un estilo solidificado por la sensorialidad y por la sensualidad de su vocabulario, que lejos de ser divagante y barroco, está ceñido a una expresividad que revela ante todo concisión, aunque sin llegar a la pirueta sintética del mejor Azorín. Junto a la sensorialidad hay que destacar también el gusto por lo arcaizante y sobre todo el tono impresionista que este lenguaje deja sentir a lo largo de toda la novela: impresionismo que se basa especialmente en el carácter subjetivo de la expresión de los personajes, que desencadena un proceso introspectivo que domina toda la novela. Impresionismo que deviene en subjetividad, transmitida al lector desde el narrador a través de su palabra poética.

El lector tiene la sensación de que está sintiendo lo que José María siente. Que las descripciones están mediatizadas por la perspectiva de un narrador omnisciente que en realidad coincide en espíritu y en letra con la forma de pensar de José María, incluso con su propia ideología estética y murcianista. Y no sólo murcianista, sino también sentimental. Todo el mundo interior de los sentimientos de enamoramiento de José María, su pesar cuando Florentina parte de la ciudad, interrumpiendo lo que tan sólo es un anhelo de posesión, están relatados por el omnisciente, pero desde la perspectiva sentimental de José María. Por ello no es de extrañar que el principio de los dos últimos capítulos se esté escrito en primera persona, lo que sin duda es



revelador de esa identificación constante entre narrador omnisciente y protagonista de la novela, José María. Y también del subjetivismo sustancial que caracteriza esta obra.

Otro aspecto muy interesante a la hora de abordar y valorar esta narración, y que se incardina igualmente en la forma de hacer novelas de Azorín y de Miró, es el objetivo final que persigue José Ballester con una novela como ésta. Se trata, sin duda, de un relato que pretende, más que una exaltación de Murcia y de sus numerosos aspectos positivos y elogiables, una defensa de su espíritu, de su personalidad, de aquellos rasgos que la hacen amable y deseada y que la distinguen de cualquier otra ciudad, ya sean paisajísticos, históricos, artísticos, ambientales, circunstanciales. Son aquellos aspectos de la ciudad que la hacen atractiva frente a los que, desde fuera y con gran desconocimiento, la desprecian porque la ignoran. José María, como protagonista de la narración, es el encargado de soportar toda la carga ideológica, y uno de sus objetivos a lo largo de toda la novela, a través de sus indagaciones, de las tertulias a las que acude, de sus conversaciones con los eruditos, es lograr configurar una imagen de Murcia que responda a su ideal personalidad artística, histórica y paisajística. Es decir, lo que pretende José María es captar eso que la ciudad tiene y que la hace atractiva para él, frente a los demás, lo que podríamos denominar el "alma" de la ciudad. Recordemos que José Ballester escribió una guía de la ciudad que tituló *Murcia. Alma y cuerpo de una ciudad*, en la que señalaba, precisamente, todos aquellos aspectos que hacían de Murcia una ciudad singular. Recordemos, igualmente, que su discurso inaugural de curso en la Academia de Bellas Artes de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Murcia, se titularía en 1943, *Personalidad artística de Murcia dentro de la variedad nacional*.⁷

Uno de los proyectos, tal como ya hemos señalado, que quiere José María llevar a cabo es la creación de un Centro de Cultura Murciana, para proteger el patrimonio de la ciudad, de sus monumentos, de su industria, etc. Anhele muchas veces reiterado en esta como en cualquier otra región de España. En la novela se dan buena cuenta de las gestiones en torno a ese centro, de quiénes son sus promotores e incluso asistimos a una reunión con el más rico de la ciudad para conseguir financiación para la misma, en uno de los capítulos más estremecedores de la narración, y donde el rico, que se hace pasar por pobre, compara los anhelos intelectuales con las numerosas obras pías a las que asiste.

Estamos pues ante lo que podríamos denominar una novela intelectual, dentro de los amplios márgenes de la novela lírica, de acuerdo con los aires de subjetivismo que caracterizan la novela a lo largo del siglo XX, porque intelectuales son sus propósitos, e intelectuales son las intromisiones de carácter paisajístico, histórico y artístico que en el relato de la novela figuran.

⁷ *Personalidad artística de Murcia dentro de la variedad nacional: discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso de 1943-1944 de la Academia de Bellas Artes, el día 28 de noviembre de 1943*, por José Ballester Nicolás, Real Sociedad Económica de Amigos del País, Murcia, 1943.



Hablemos ahora del argumento sentimental de la novela, que junto al argumento intelectual antes señalado, forman el núcleo de la narración, aunque como señaló Baquero Goyanes, este tipo de novelas, “la técnica empleada es la peculiar de tantas novelas extensas definidas por el ensamblaje y yuxtaposición de elementos a los que comunica unidad un poderoso ingrediente: las más veces, un personaje o personajes centrales en torno a los cuales palpita una constelación de motivos relativamente secundarios.”⁸

El argumento sentimental consiste en el enamoramiento del joven José María, intelectual engolfado con el conocimiento y aprecio a su ciudad, de la bella Florentina, murciana e hija de un diplomático, que pasa el verano en Murcia hasta mediados de septiembre, más o menos cerca del día 14, fecha de la Exaltación de la Cruz, y de los últimos conjuros. Se trata de una murciana extrañada, que, sin embargo, siente la misma pasión por la ciudad de su joven amigo, y que al final de la obra, en la distancia, reiterará su añoranza del paisaje natal y familiar.

Un medio de lograr la conquista de la amada sería mostrarle la sensualidad de la naturaleza murciana, hacia la que el joven se siente rendido y con la que desea seducir a la amada por medio de los sentidos. La marcha de Florentina, el paso del tiempo, las cartas que de la amada vienen de lejos, traerán la mala noticia de unas graves fiebres que le llevarán a la tumba. El regreso de la amada a la ciudad será en el féretro y con su entierro se cierra la novela, ante el desánimo total de José María, personaje ya un tanto abúlico, pariente cercano del Antonio Azorín de *La voluntad*. Y es que, en efecto, nada le sale bien a José María, ni su proyecto intelectual de crear un centro de protección de la cultura local ni su deseo de amar a Florentina, con lo que esta novela se integra plenamente en ese tipo de novela morbosa y pesimista al que pertenecería la ya citada *La voluntad*, Antonio Azorín o *Las cerezas del cementerio* de Gabriel Miró, con las que, sin duda, guarda parentesco emocional muy cercano.

Pero en su desencanto colaboran las circunstancias que va acumulando el joven protagonista, que ve cómo su pariente Luis no sólo no reconoce la personalidad de Murcia sino que rechaza violentamente los argumentos que constituyen el colmo de la exaltación de la ciudad por parte de José María. Ve fracasar igualmente un intento de financiación del centro cuando el rico hidalgo falsamente empobrecido les habla de su pobreza e incluso, en un capítulo muy dramático, recibe por parte del borracho Luciano informaciones contrarias a su amor por Florentina, a la que califica como inconveniente para él por su modernidad y su espíritu mundano.

Tiene toda la prosa de José Ballester el atractivo de la obra artísticamente trabajada, y es capaz, especialmente su prosa de creación, de suscitar en el lector un múltiple y amplio campo de sensaciones estéticas. En este sentido, destaca particularmente la prosa de *Otoño en la ciudad*, de la que se ha señalado que su tono azoriniano y mironiano constituyen garantías de originalidad y le destacan como uno de los más valiosos prosistas de su generación.

⁸ Mariano Baquero Goyanes, “Las novelas de José Ballester”, *Homenaje a José Ballester*, p. 51.



Antonio Crespo ⁹, en el homenaje de 1972, destacaba el parentesco del autor con José Martínez Ruiz en el sentido del tiempo, y Mariano Baquero Goyanes, en el mismo volumen, veía, por su parte, en la insistente ornamentación frutal de su prosa, una proximidad al Miró neomodernista y contemplativo ¹⁰.

La novela, cuando salió en aquellos meses anteriores al estallido de la Guerra Civil, tuvo por parte de los periódicos de Murcia una acogida, en general, favorable. De los elogiosos juicios que sobre ella se emitieron, destaca el del entonces Catedrático de Literatura española de la Universidad de Murcia Joaquín de Entrambasaguas, que en *La Verdad* de 11 de junio de 1936 ofrece un amplio estudio de la novela regional encuadrando en ella a José Ballester. Destaca su carácter innovador, y no le extraña el hecho de que su estilo y su contenido no guste a aquellos que solo desean devorar argumentos folletinescos. Lo mismo que sucede a Ballester —asegura— aconteció con Marcel Proust, porque ambos buscan el camino difícil del arte: “Nada más arduo literariamente que conseguir con plenitud una obra forjada en la dificultad de la técnica empleada. Nada más arduo por lo tanto que el haber logrado esta novela en que argumento, personajes, descripciones, estilo, todo, están sometidos a un espíritu subyugador, a una protagonista inaprehensible que medula la novela como un tema dominante, como una frase melódica de esta exuberante sinfonía regional: Murcia, es decir, el alma de la ciudad”. ¹¹

Para finalizar esta exposición, interesa destacar ahora la enorme sensibilidad estética de José Ballester, la facilidad de expresión de efectos sensoriales y la múltiple combinación de sensaciones ¹². A través de unos textos que vamos a reproducir, pretendemos mostrar unos fragmentos de su novela que revelan la calidad de su prosa, pero sobre todo la relación íntima entre el contenido sensorial de estas descripciones y la implicación subjetiva y lírica de narrador omnisciente y personaje principal en la ya descrita trama intelectual que construye esta narración.

El primero de ellos figura al final del relato de un conjuro emitido por las campanas de la torre de la Catedral, y el él son advertibles el sentido del paso del tiempo, tan azoriniano, y la insistencia y permanencia algo misteriosa del sonido del último conjuro, que queda prendido en la sensibilidad auditiva del personaje hasta la noche, que con su perfume —sensación olfativa— penetra en la estancia del personaje Don Benigno. El sentido de la vida como “isla” en el que se está en “una ilusión de permanencia” se enlaza con una centenaria tradición de tono ascético muy en consonancia con el fondo moral de la novela. “Se desleía melancólicamente el eco interior de las campanas en don Benigno. ¿Cuántos años experimentó la emoción de ese silencio vibrante que sigue al último conjuro? Todo fluye en torno nuestro durante la vida y nosotros miramos alejarse en la corriente aquellas cosas

⁹ Antonio Crespo, “Ballester escritor”, *Homenaje a José Ballester*, p. 66.

¹⁰ Mariano Baquero Goyanes, “Las novelas de José Ballester”, *Homenaje a José Ballester*, p. 47.

¹¹ Joaquín de Entrambasaguas, “Ballester y la novela regional: *Otoño en la ciudad*”, *La Verdad*, 11 de junio de 1936.

¹² Francisco Javier Díez de Revenga, “La sensibilidad estética de José Ballester”, *Monteagudo*, 63, 1978, pp. 47-52.



que parecían elementos inmutables de nuestro paisaje. Cada año nuevo que llega acelera el curso fugitivo y carcome los cimientos de la isla donde nosotros estamos en una ilusión de permanencia. Un día se arremolinará la linfa y nos arrebatará consigo. Cuando se presiente esta ley inexorable paladeamos un amargor sutil en todo lo que nos afecta. Don Benigno, encerrado en su despacho aguardaba a que se extinguiera del todo la resonancia; pero, aunque iba debilitándose indefinidamente como una gradación sin fin, no lograba dejar de escucharla. Por el balcón entreabierto, cuando entró la noche, una noche de luna, columbraba la silueta de la Torre, densa y firme, impregnada de un efluvio lene, que era el manantial del conjuro, todavía inexhausto. Se levantó, un poco irritado, contra la ironía de la falsa sensación. Solamente el sueño hubo de extinguirla.”¹³

Un segundo texto constituye lo que Baquero Goyanes ha denominado “un bodegón”, descrito con especial complacencia en los efectos visuales, particularmente en los de formas y colores con predominio de las redondeles suaves y los colores brillantes, típicamente barrocos. Un clima de natural sensualidad domina el penetrante y morboso detenimiento en las sensaciones cromáticas: “Sobre el suelo estaba un níveo mantel desbordante de platos con fruta. Los racimos se apretaban en sí mismos, como a punto de estallar; había una fuente colmada de granos de granada albar, montón de cristales bermejos, trasunto del tesoro de un lapidario. Dátiles maduros, rubios, cortos, gordezuelos, rezumaban su miel por entre las grietas de su vaina desplegada. Pomas pálidas y finas, membrillas tiernísimas, recién asadas también, integraban los manjares del festín.”¹⁴

En el tercero de los textos predominan las sensaciones visuales, a través de la descripción de bellísimos colores tanto en la torre y en el paisaje como en los ojos de Florentina. La voz y el silencio de la protagonista completan con sensaciones auditivas el cuadro sensorial de este tercer fragmento. Quizá lo más destacable ahora sea la belleza de ese silencio final que traslada la voz de la amada a la expresión de sus ojos, que antes ha descrito como “emperezados en la contemplación de un paisaje lleno de verdes, cargado de fragancias”: “Los padres departían sosegadamente y José María pudo contemplar erguida, levantando en sus brazos, como una ofrenda, un gigantesco racimo de uva valencí, la figura gentil de Florentina, vuelta hacia la Torre, que, iluminada a lo lejos por un sol húmedo de color rosa viejo, mostraba inflamados sus oros de piedra y los comunicaba en raudales a la ciudad tendida a sus pies. Podía admirar los ojos de la muchacha, grises con irisaciones de pizarra y bronce, anchos, lánguidos, emperezados en la contemplación de un paisaje denso de verdes, cargado de fragancias. Podía escrutar en el misterio de aquel gálibo de su rostro, a la vez delicado y majestuoso, en el cual creía descubrir rasgos ancestrales, una suma de las perfecciones de la mujer ibera, enriquecidas con las que otras razas le brindaron a través de los siglos. Escuchaba su

¹³ José Ballester, *Otoño en la ciudad*: novela, dibujos de Garay. Sudeste, Colección Horas, Murcia, 1936. Seguimos la edición *Otoño en la ciudad*, Los Libros del Museo, Museo Ramón Gaya, Murcia, 1992, p. 19.

¹⁴ José Ballester, *Otoño en la ciudad*, p. 22.



voz llena, sonora, con infusiones de dulzura, con cadencias graves, con transmisiones de energía reveladoras de un carácter firme y decidido de un ánimo blando y afectuoso. Las palabras dejaban a veces de fluir de sus labios y el silencio se adivinaba en sus ojos pleno de sentidos.”¹⁵

Es el cuarto de los fragmentos el más rico de todos ellos, ya que la protagonista ofrece una impresión personal sobre las sensaciones gustativas y olfativas que quedan relacionadas, “a lo amargo por lo dulce”, con el espíritu de Murcia y los murcianos, procedimiento constante en la novela y, como ya sabemos, una de las obsesiones tanto del protagonista como del narrador omnisciente, y en este caso, encaminado a conceder a la ciudad el papel de protagonista de la narración, como venimos advirtiendo: “Ella vino a su lado y comenzó a hablarle de las frutas y le invitó a gustarlas, dándose ejemplo. En su boca quedaba preso un trozo de pulpa y los labios le brillaban con la humedad destilada de aquella carne melosa. Tenía una teoría Florentina acerca de las frutas: el dulzor no es sino una sensación envolvente del aroma. El aroma desnudo es la personalidad del fruto, pero el paladar necesita percibirlo desleído en el almíbar del zumo. Y todavía no es el aroma específico la última sutileza de la sensación frutal. Hay muy escondido un principio de amargor, en el cual está lo más exquisito para el gusto. Se necesita una sensibilidad muy educada y un gran dominio sobre los incentivos de la gula para penetrar hasta ese íntimo núcleo del sabor. Y así, el perfecto gustador de fruta habrá de tener por lema “a lo amargo por lo dulce”.- José María gozaba, al oírla, cómo le daba una interpretación del paisaje huertano, del espíritu de Murcia, envuelto en una vegetación paradisíaca. Dulzura cortical, embriaguez de la abundancia, deleite para los sentidos, pero a la postre, el paladeo de una melancolía apesadumbrada por la misma fuerza de las bellezas naturales.”¹⁶

El quinto fragmento, que sirve para cerrar esta breve antología, es reflejo del neomodernista o neoculterano gusto por embellecer lo vulgar, también señalado por Baquero Goyanes¹⁷. Obsérvese con qué fina ironía elogia Ballester los tomates, a pesar de su fonética y su forma, y las habas, elogio en el que el novelista vuelve a desplegar una múltiple sensorialidad, auditiva, visual, gustativa, táctil..., que define con toda su fuerza la preocupación estética y la exquisitez de este escritor murciano, desarrollada a lo largo de su más espléndida y conocida novela: “Luego derivaron por un golosineo evocador de los frutos humildes, elogiando sus secretos sabores, y los otros alicientes del gusto que no tienen explicación fuera de la comarca. Parece proscrito el tomate por la fonética humilde de su nombre, por su ridícula gordura abullonada, sin elegancia; pero nada le supera en cuanto a la brillantez de su color amaranto encendido, y cuando el cultivo fue según las viejas prácticas huertanas, en tierras en las que tiene para ello una aptitud singular, el tomate ofrece al paladar una masa de jugo exquisito. Pues, ¿y las habas? A un extraño le parece que no pueden ser sino manjar de animales inmundos; pero hay un refinamiento sensual en espiar

¹⁵ José Ballester, *Otoño en la ciudad*, p. 23.

¹⁶ José Ballester, *Otoño en la ciudad*, p. 23-24.

¹⁷ Mariano Baquero Goyanes, “Las novelas de José Ballester”, *Homenaje a José Ballester*, p. 47.



el crecer de sus matas de color de acero, tan sensibles al frío, y en ver cómo despliegan los pétalos blanquinegros sus flores semejantes a mariposas; y hay una voluptuosidad en la recolección por nuestras propias manos, aspirando la fragancia de las vainas frescas, estuches forrados de un delicadísimo terciopelo donde yacen incrustadas las gemas de los granos; en abrirlas por aquella uña umbilical y, ejerciendo en la piel una leve presión con los dedos, ver brotar los dos gajos resbaladizos del interior, tiernos y dulces, y saborearlos luego muy despacio.”¹⁸

Sin duda, se trata de una novela singular escrita por un escritor singular. Como apuntara Antonio Crespo, *Otoño en la ciudad* es un “libro de perfiles suaves, como iluminado por el sol tibio de un noviembre murciano”.¹⁹ Quizá los dos términos que se utilizan en su título definan mejor que nada el sentido de esta magnífica novela: otoño, con todo su sentido de decadencia, de pereza y de ocaso, pero también con toda la belleza que es posible advertir en sus paisajes y en sus luces; y la ciudad, Murcia, la Murcia de siempre entrevista con pasión intelectual, nada folklórica, con sensibilidad artística y con emoción estética. Un lenguaje impecable y preciso, un estilo brillante y escogido completan la alquimia secreta que hace de esta novela una obra imprescindible en nuestro patrimonio cultural.

¹⁸ José Ballester, *Otoño en la ciudad*, p. 24-25.

¹⁹ Antonio Crespo, “Ballester escritor”, *Homenaje a José Ballester*, p. 66.

